

Las siete maravillas gays

POR LUISGE MARTIN

Ahora que ya sabemos cuáles son las siete nuevas Maravillas de la Humanidad, elegidas por votación popular, tal vez haya llegado el momento de elegir también siete maravillas del universo gay para acabar de una vez por todas con las dudas acerca de la identidad homosexual que tantos y tantos *queer studies* no han sabido despejar completamente. Pidiendo a los gays de todo el mundo que votaran –por Internet o a través de mensajes prepago–, podríamos saber cuál es esa esencia que tantos quebraderos de cabeza les sigue dando a algunos. No es lo mismo que los elegidos fueran –pongo por caso– Oscar Wilde, la *Sinfonía Patética* de Chaikovski, el castillo Neuschwanstein de Luis II de Baviera, el Tadzio repinado de *Muerte en Venecia*, el David de Miguel Angel, la región de Guermantes y los sonetos de Shakespeare, a que fueran la discoteca Heaven de Londres, la discografía completa de Abba, Sitges y sus playas, la colección de gafas de Elton John, la polla en plástico de Jeff Stryker, el cuarto oscuro del Strong y los monumentos funerarios de Lady Di. Hay una tercera colección de maravillas, tal vez más desoladora, pero que incluso en nuestros días seguiría obteniendo pingües votos: el capelo cardenalicio de Rouco Varela, los bares de alterne pontevedreses a los que iba Rajoy, la iglesia paradisiaca en la que Alejandro Sanz celebró su boda por el rito balinés, los templos de Boston en los que oficiaban sus misas pías los curas pederastas, los videos de las galas que cada Navidad celebraba Raphael ante doña Carmen Polo de Franco, el ninot indultado de Rita Barberá y la alcoba real de Alberto de Mónaco. La Asociación de Judíos de la Nación Alemana –es un dato histórico– pidió públicamente el voto en 1933 para Adolf Hitler y su proyecto político, de modo que la victoria de los chicos de Ana Botella en el distrito de Chueca o las peregrinaciones a la Roma de Ratzinger de algunos gays católicos casi me parecen simples travesuras.

Ya se ve que la homosexualidad está llena de maravillas, aunque algunas de ellas produzcan urticaria en vez de júbilo. Son tantos los modos de ser gay que parece mentira que todavía alguien siga hablando de las esencias perdidas, del aburguesamiento decadente y de la asimilación social como gran mal. Este año han vuelto por sus fueros los jermias más quejumbrosos de esta acera (la de enfrente) para advertirnos una vez más de que no hay que estar *orgulloso* de ser gay, que no hay que poner-

se tacones para ir a las manifestaciones del Orgullo (salvo las lesbianas, que pueden llevarlos opcionalmente) y, sobre todo, que la mercantilización de las reivindicaciones gays, que tanto dinero mueve, lo ha pervertido todo mucho más aún de lo que ya estaba. Uno imagina a esos tristes plañideros entrando en Chueca con látigo restallante, como cristos iracundos, para expulsar del templo a los mercaderes y devolver a aquel paraje su pureza de antaño. Las fiestas del Orgullo, sin chiringuitos en las calles; las carrozas de la Marcha, sin rótulos comerciales ni cuerpos desnudos. Donde esté un buen trauma introspectivo, deberíamos decir, que se quiten las canciones de Mónica Naranjo y las cremas exfoliantes. Más vale ser maricón apedreado que cónyuge A o B. En fin: contra Franco vivíamos mejor.

Yo tengo una incurable tendencia a la sodomía cultista, y por lo tanto votaría de corazón a las maravillas más pretenciosas y encopetadas: el piano de García Lorca, los lienzos de Caravaggio, las termas romanas, las estatuas de Antinoo o las novelas de Virginia Woolf. Pero cada vez que escucho a estos gays avinagrados cogerse la identidad con papel de fumar y encolerizarse bíblicamente para reprendernos a todos los descarriados siento un deseo irrefrenable de tararear canciones de Barbra Streisand, desayunar cada mañana anabolizantes, pedirles a los Reyes Magos unas mancuernas, forrar mis carpetas con fotografías de David Beckham, irme de vacaciones a Mikonos, comprarme varios frascos –los más caros– de cremas antiarrugas y de contorno de ojos, y no volver a leer otra cosa que los cómics de Ralf König. Y si me acusan de vender mi reino gay por un plato de popper, estoy dispuesto a admitir incluso que el Cristo Redentor del Corcovado es más bonito que la Alhambra de Granada. Por fastidiar.

LUISGE MARTIN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA *LOS AMORES CONFIADOS* (ALFAGUARA).